

la construcción de una matriz o rúbrica para evaluar la elaboración de un marco teórico, el cual es una de las fases de la investigación académica.

La construcción del marco teórico para una investigación académica consta de tres etapas: búsqueda bibliográfica, confrontación de fuentes y realización de un texto expositivo argumentativo.

Muchos de los alumnos que cursan la materia "Introducción a la investigación" no están familiarizados con la elaboración del marco teórico, lo cual los lleva a reducirla a un mero ejercicio de "cortar y pegar", a un simple acopio de información sin procesar. Si bien pueden dar cuenta de los aspectos teóricos que entran en juego en la construcción del aparato crítico, a menudo los alumnos no logran aplicar dichos conocimientos de forma práctica, ya que suelen parecerles demasiado abstractos.

La utilización de una matriz para evaluar la construcción del marco teórico explicitaría las expectativas del aprendizaje al clarificar cuáles son los objetivos en cada una de las etapas de elaboración y de qué manera los alumnos pueden alcanzarlos (Gómez, Aguirre, Posso y García, 2002). De esta manera se daría cuenta de cómo los lineamientos teóricos deberían aplicarse a un ejercicio práctico. El empleo de la matriz no sólo permite que los alumnos conozcan los criterios de evaluación y sus grados de calidad, sino que propicia una actitud activa y comprometida en el aprendizaje: los alumnos juzgarían de manera más competente y "objetiva" su propio trabajo y el de los demás (Goodrich Andrade, 1999).

Como criterio de evaluación para la matriz, justamente, se toman cada una de las etapas de construcción del marco teórico: búsqueda bibliográfica, confrontación de fuentes y realización de un texto expositivo argumentativo. Se establecen cuatro grados de calidad, ordenados de uno a cuatro, en donde se describen los rasgos que se toman en cuenta para adjudicar a un trabajo dicho grado. A continuación, y a modo de ejemplo, se desarrollan los grados de calidad que corresponden al criterio de la búsqueda bibliográfica:

Grado de calidad 1: realiza una lectura superficial de las fuentes; recolecta fuentes primarias sin tener en cuenta la hipótesis planteada (información no pertinente); fuentes no verificables, de origen dudoso.

Grado de calidad 2: realiza una lectura exploratoria de las fuentes; recolecta fuentes primarias teniendo en cuenta sólo una de las variables de la hipótesis; fuentes verificables.

Grado de calidad 3: realiza una lectura descriptiva de las fuentes; recolecta fuentes primarias y fuentes secundarias teniendo en cuenta sólo una de las variables de la hipótesis; fuentes legitimadas, verificables y con nivel no académico.

Grado de calidad 4: realiza una lectura analítica de las fuentes; recolecta fuentes primarias y fuentes secundarias de acuerdo con la hipótesis planteada y todas sus variables (información pertinente y concreta); fuentes legitimadas, verificables y con nivel académico.

Cada uno de los criterios de evaluación restantes (confrontación de fuentes y realización de un texto expositivo argumentativo) tendrá sus propios grados de calidad, en las cuales se clasificarán los trabajos de acuerdo a las características que presenten.

Conclusión

Se espera que, con el uso de una matriz de evaluación, los alumnos puedan acercarse a la idea de que la construcción de un marco teórico requiere un trabajo de lectura crítica y procesamiento de las fuentes para extraer de ellas la información, las perspectivas y las posturas teóricas pertinentes a la investigación con lo cual se elaborará un texto expositivo argumentativo.

A su vez, la utilización de una matriz para evaluar la construcción del marco teórico conllevaría aspectos positivos para el docente. Como en cada una de las otras etapas del proceso de investigación, en la elaboración del aparato crítico no sólo entran en juego determinadas técnicas y aspectos formales específicos, sino que requiere un proceso reflexivo, dialéctico y creativo. Este proceso será completamente diferente en cada uno de los alumnos, lo cual se refleja en la heterogeneidad que pueden tener los trabajos de investigación. Por lo tanto, al sistematizar los criterios y los grados, el docente reduciría el tiempo necesario para evaluar trabajos tan disímiles.

Finalmente, la matriz de evaluación permitiría reducir la subjetividad en la evaluación y proveería información al docente sobre la efectividad de la estrategia de enseñanza que está utilizando (Gómez, Aguirre, Posso y García, 2002).

Referencias bibliográficas

- De Miguel Díaz, Mario (2004). "Nuevos retos en el ámbito de la evaluación". *Actas del XI Congreso sobre Modelos de Investigación*, Madrid: La muralla.
- Fenstermacher, Gary, (1989). "Tres aspectos de la filosofía de la investigación sobre la enseñanza". En Merlin C. Wittrock, (Ed.), *La investigación de la enseñanza, I. Enfoques, teorías y métodos*, Barcelona: Paidós-MEC.
- Goodrich Andrade, Heidi. (1999). "Understanding Rubrics", *WIDE World*, en <<http://learnweb.harvard.edu/ALPS/thinking/docs/rubricar.htm>>
- Gómez, Piedad; Aguirre, María del Pilar; Posso, Fernando; García, Guillermo. (2002). "Matriz de valoración". *EduTEKA. Tecnologías de información y comunicaciones para enseñanza básica y media*, en <<http://www.eduteka.org/MatrizValoracion.php3>>
- Litwin, Edith. (1998). "La evaluación: campo de controversias y paradojas o un nuevo lugar para la buena enseñanza". En Alicia R. W. de Camilloni y otros, *La evaluación de los aprendizajes en el debate didáctico contemporáneo*, Buenos Aires: Paidós.

Algunas consideraciones sobre el aburrimiento

Matías Panaccio

Ya fuera para enterarse o para escucharlo por enésima vez, usted cuenta con infinidad de opciones. Se puede asistir a congresos, seminarios o conferencias. Vale igual seguir la carrera docente, quizás apenas especializarse con cierta formalidad o, con un café de por medio, charlarlo entre colegas en un receso (Por una cuestión "de principios", el autor se niega enfáticamente a utilizar

la palabra “recreo” puesto que, aunque varias veces al cuatrimestre confiesa tener la íntima sensación de estar al frente de una clase escolar, no pierde de vista el nivel universitario. En este sentido y con su pésimo castellano, por “receso” el autor quiere decir *break*).

Tal vez baste con leer artículos como este que usted seleccionó para quedarse luego de hojear todo el libro que hoy tiene entre manos (o probablemente haya sido el azar – fórmula políticamente correcta para categorizar a la mala suerte – quien lo haya depositado en estas líneas). Le digo más: existen enormes chances de que usted sea de esas personas que cada tanto se le ocurre ponerse a escribir sobre este tema, como me ha ocurrido a mi mismo en esta oportunidad. Puede anoticiarlo el filósofo que usted más admira, su decano, su coordinador pedagógico, su experto de cabecera, su educador popular favorito, su director de carrera. Peor aún, se lo pueden decir sus estudiantes. No hay escapatoria: más temprano que tarde, usted se enterará de que sus estudiantes se aburren.

Esa es exactamente la palabra. Así de cruel, así de definitivo, así de práctico, como suele ser el mero lenguaje. Tal vez sea usted una persona muy afortunada y cada tanto tenga enfrente seres humanos con el coraje y el talento suficientes para decírselo en la cara; probablemente escuche en los pasillos que alguno de ellos diga “¡Aburrido!” con la voz impostada a lo Homero Simpson; no sería raro que lo viera escrito en una tinta color *violeta-brillitos* en una encuesta de calidad académica. Quién dice, tal vez yo, en la piel del malo de la película, sea el que se lo dice. Así, entre nosotros, en confianza, ya que todo queda entre las líneas que lee y usted. Interrumpa su lectura si no me cree. Mire a su alrededor: está solo, ¿verdad? Bien, ahora présteme atención: si nunca antes se lo habían dicho, aquí va: sus estudiantes se aburren. Es *vox populi*. Le juro que no miento.

Ahora, como comprendo que acaba de haber sido agredido con un sadismo inusitado y, para peor aún, gratuito, voy a dejarle un par de líneas en blanco para que insulte al viento, para que grite “¿por qué, si les traigo películas, revistas, libros, los saco a la calle, intento utilizar su jerga sin que suene sobreactuado, hago *role-play*?”. Tranquilo, enumere nomás todas sus estrategias didácticas. Encuentre todos los sinónimos posibles para la palabra “ingratos”. Pregúntese si tiene que hacer malabares, ponerse nariz roja, travestirse, salir con ellos los viernes a la noche. Yo espero.

Qué tal. Bienvenido nuevamente.

En todo caso, yo también voy a ser un poco sádico, pero un sádico con buenos modales: abandone este artículo si piensa usted que más abajo empezará la solución. No es mi intención hacer autoayuda con este texto, ni es el prelude a un próximo libro mío titulado “Docentes tóxicos”. En todo caso, tanto yo como todos los que decidieron contribuir a esta publicación lo hicieron desde la premisa reflexiva, no con la intención de empujar las fronteras del conocimiento. Y, en ese tren, mi tema de reflexión es meditar acerca de la índole del aburrimiento. Pareciera ser que una primera dimensión del aburrimiento sería la dicotómica. Así, visto el aburrimiento como la mitad de un par conceptual mutuamente exclu-

yente, su antítesis natural sería la diversión. En lo estrictamente personal, creo que este análisis tiene varios motores, y entre ellos, uno de los principales debe de ser el amor propio de cada docente que se plantea éste tema. En todo caso, considero que es bueno sincerarse y ver la cuestión del aburrimiento por unos instantes desde la propia óptica de quién cumple el rol de profesor. Encarado, entonces, este proceso de honestidad intelectual, cabe preguntarse cuántas veces criticó uno el componente actitudinal de sus estudiantes. Para resumirlo, voy a sintetizarlo en el comentario más sagaz que me confió uno de los colegas que más respeto. Notoriamente molesto luego de dar el teórico que tenía planificado para el primer bloque de su clase, me dice: “A veces creo que más que estar al frente de una clase, conduzco una sesión de espiritismo”. Brillante, ¿verdad? Admitámoslo: criticar a los estudiantes es nuestro pasatiempo favorito, es la catarsis que genera los anticuerpos vitales para volver a la segunda hora después del café. ¿Quiere hacer una lista de eufemismos utilizados y/o escuchados para graficar la actitud de los estudiantes? Abúlicos (¿Le parece exagerado? Así nos calificaba un profesor de Economía Política en el secundario, una de esas personas que aseguran, cobijados por la pedagogía brutal del siglo XIX como marco teórico, que sus clases las dictan, y es cierto), apáticos, desinteresados, plantas, amebas, parásitos, calientasillas, consumidores de oxígeno áulico (esta es muy sofisticada, me la aportó un colega que proviene de la biología), conformistas, vagos, perdidos, zombies, muertos, colgados, drogonos, nenes de mamá, *laddris*, inmaduros y miles de etcéteras más, pero aquí me detengo por dos razones. Una, porque creo que ya hemos sido lo suficientemente explícitos. Dos, porque no quiero enumerar los calificativos que pongan en duda el nivel de inteligencia.

De los discursos que humildemente considero interesantes, escucho dos caminos posibles para encarar el problema. El primero sería intentar recordar qué les reprochaba a los docentes que lo aburrían a uno en sus épocas de estudiante. Si hubiéramos tenido, como mencionábamos más arriba, el temple y la pericia requeridos para interpellarlos, qué puntos les habríamos marcado, qué sugerencias les habríamos acercado. La propia trayectoria educativa, argumentan quiénes sostienen esta práctica, ubica la cuestión en otra perspectiva, como un primer paso hacia una no tan utópica empatía.

La otra opción parece requerir un trabajo intelectual más arduo. Parte de estimar como falaz a la dicotomía aburrimiento-diversión, para intentar plantearlo desde otra óptica. Aquí deberían operar ciertos criterios ideológicos, que en una ráfaga de síntesis se podrían encontrar su anclaje en otros pares conceptuales, no necesariamente excluyentes, sino facilitadores. Así, podrían considerarse criterios que justifiquen contenidos y estrategias, como aburrimiento-requerimiento de la oferta laboral (asumido el problema desde una óptica mercantilista, algo chata, por cierto), o aburrimiento-compromiso social, o aburrimiento-uso práctico del saber, o aburrimiento-formación humana integral, o el par conceptual que cada quien pretenda, quiera o esté en condiciones de plantearse, y efectivamente lo haga de manera consciente o intuitiva.

¿Será todo esto así? Aunque nos planteemos la cuestión, la deconstruyamos, la reconstruyamos, la reflexionemos sobre la práctica o hagamos operar cualquiera de los verbos que se suelen leer en la literatura del campo educativo, los estudiantes, ¿dejarán de aburrirse? Dicho de otra manera: ¿Podrán tener razón los que plantean un tercer camino, o cuanto menos, un desvío? En tal sentido, ¿se podrá reivindicar el derecho a aburrirse de los estudiantes, como un salvavidas misericordioso, que éticamente estamos obligados a arrojar, en nuestro rol docente, para siquiera intentar alejarlos del discurso dominante que impone de manera arbitraria a la diversión permanente como única constante de vida, no sin cierta lógica afín a la insaciable sociedad de consumo que no sería pertinente analizar aquí, pero que alcanza a reparar en el mínimo detalle que revela que los trata como consumidores desde la tierna tanda comercial de *Cartoon Network*? Quienes sostienen esto argumentan con bastante solidez que, también desde el aburrimiento, algo valioso aprenderán los estudiantes.

Repito: ¿será así? Como cierta vez cerró Arlt una de sus Aguafuertes: Misterio, misterio.

El valor de las palabras

Daniela Peppe

Sin caer en los análisis pormenorizados sobre la etimología de las palabras, tan ricos y profundos por cierto, existe una instancia intermedia, accesible para todos los comunicadores que no podemos (ni debemos) excluir de nuestro discurso. Esta instancia es lo que denominaré "creación conceptual".

Esta creación está presente en todas las formas de comunicación: en un discurso áulico, prensable, de opinión. La publicidad y los periodistas están más cerca de este proceso, que refiere al acto de asignar a cada construcción textual el concepto preciso, exacto e inequívoco de lo que desean transmitir.

En mi experiencia diaria como profesional de las Relaciones Públicas, he dado cuenta de la diferencia conceptual que existe entre palabras dichas por unos y otros. Cómo la influencia cultural propia de cada institución dota de un sentido diferente a los términos, según su contexto y situación de aplicabilidad. Y según desde donde se lo mire, es aceptable que esto sea así.

Si Freud introdujo un diccionario propio para comprender una ciencia como lo es la psicología, utilizando términos coloquiales que en su contexto implican una profundización y aplicación mucho más extensa y diferente del término, creo que nos da cierto marco para comprender que este proceso es válido. Lo que me llama a la reflexión, es que no todos los contextos tienen su descripción y las palabras empiezan a sonar según quien las escuche.

¿Es posible comunicar de esta manera? Sabemos que en todo proceso de comunicación intervienen varios elementos, y que ninguno de ellos es prescindible: emisor – receptor – mensaje – contexto – canal – código. Pero desde mi experiencia, esto no siempre es tenido en cuenta y se tiende a focalizar tan solo el mensaje según

la perspectiva del emisor.

Nos comunicamos como podemos, centrándonos en una especie de egoísmo conceptual, donde ya no importa tanto qué o quién tenemos enfrente, o la circunstancia en la que nos encontramos. Asumimos que el contenido del mensaje por sí sólo puede causar el efecto deseado. Quizás debamos detenernos en la publicidad, que sí se ha preocupado por esto y que selecciona cuidadosamente cada palabra (no voy a meterme aquí en los demás elementos que intervienen en el proceso de creación de una publicidad), pero si sólo observamos las bajadas de las publicidades, encontraremos allí un análisis preciso de cómo dirigirse a quien se quiere llegar dentro del contexto, aplicando el código común, sin omitir el sello del emisor. Es decir, primero se analizan estos elementos y luego se construye el mensaje.

En una época signada por el valor del tiempo como mercancía, no hay lugar para dedicarle a nuestras producciones el mismo tiempo que un publicista dedica a su creación. A priori me atrevo a decir que la lógica es la ganancia. Vale la pena invertir tiempo en una publicidad, ya que el retorno de la inversión va a verse gratamente multiplicada.

¿Pero no deberíamos todos los comunicadores poder darnos el mismo tiempo cada vez que debamos escribir una nota, un comunicado de prensa, un *brief* o simplemente, delimitar los términos de un folleto institucional?

Hay un respeto a las palabras que también se ha perdido. Confiamos en los sinónimos de los *softwares* para que nos den el concepto justo, pero en muchos casos lo hacemos para no repetir un término dentro de un mismo párrafo. Por lo mismo, el tiempo no nos permite buscar en los diccionarios y encontrar ese término que verdaderamente refiere a lo que queremos transmitir y que es aplicable al contexto y receptor al que nos estamos dirigiendo.

El hábito de leer y de escuchar, debería ser nuestra principal fuente para incorporar palabras a nuestro vocabulario. Entender lo que estamos diciendo y poder recorrer en milésimas de segundos ese diccionario interno para encontrar la palabra precisa que describa lo que queremos transmitir, a quien se lo queramos transmitir, en el contexto que estemos. Y recién allí, construir el mensaje.

Los publicistas venden productos. Los comunicadores ideas. Especular con las palabras no es manipular, ese no es el fin que persigue, por lo menos esta reflexión. Especular con las palabras para transmitir de manera fiel aquello que queremos decir, sin olvidarnos que el receptor es quien principalmente va a dotar de sentido a nuestro mensaje, además del contexto en el que se encuentre. De la otra forma, la comunicación sería incompleta.

Me ha sucedido en situaciones profesionales que, al estar exponiendo alguna idea, suspendí mi discurso algunos segundos en busca de aquel término. Antes de que pudiera continuar, fui interrumpida por mis interlocutores con un aluvión de sinónimos, sin permitirme el tiempo de exploración y reflexión discursiva. Es cierto, ellos me estaban ahorrando el paso al brindarme el concepto desde su propio pensamiento, y esa es una infor-